

Técnicas de Terapia de Familia

La lectura del libro de Salvador Minuchin resulta extraña, sorprendente en algunas de sus fases y tranquilizadora en otras.

El orden es el eje de un texto que está hecho con el mimo del maestro, que adopta claramente esta posición, aunque deseoso de comunicar a sus lectores, potenciales discípulos o simples alumnos, su experiencia estructurada de una manera depurada, con un rigor que parece sacado de debajo de su almohada, mientras duerme.

Me he sentido inquieto al pensar que es posible establecer una teoría desde la propia experiencia, desde las vivencias y las creencias, pero también desde la intensa dedicación al conocimiento de las relaciones de las personas en el seno del holón familiar y de éste a su vez en el contexto social, abriendo el abanico hacia las interacciones del grupo familiar con las instituciones, con la propia comunidad.

Parece que el notable orden impuesto en las diferentes técnicas expuestas proviene de un profundo análisis de las experiencias vividas, estructurando un amplio fresco de modalidades interpretativas de la realidad de los afectos, los vínculos, las fronteras y la propia localización del terapeuta, como elemento generador de sorpresas, incertidumbre, haciendo mágicas las palabras, las preguntas y las propias respuestas.

El texto muestra una armonía encuadrada en un todo, entrando y saliendo del engranaje familiar con la soltura de un espíritu visible solo desde diferentes planos, tranquilizador en unas ocasiones, beligerante en otras, pero siempre con una extraordinaria claridad de contexto.

El mensaje del autor al comienzo de la obra es ambivalente con respecto al final, quizás por todas las experiencias "de descubrimiento de la Técnica" que quedan en el tintero. Promulga la terapia de Familia como un arte, como una ciencia, aunque considero que toda ciencia tiene una base de arte a través del manejo creativo de la realidad a la que nos enfrentamos. Insiste en alejarse de la vaguedad intelectual y de la idea feliz, estructurando un cuerpo teórico de conocimientos vinculados entre ellos con cierta dificultad. Es decir, quizás, la separación temática de las diferentes técnicas haga visible su potencial utilización, pero también compartimentaliza cada técnica en una situación determinada, como la más adecuada para la resolución del problema por parte de la familia. De alguna manera invita a conocer en profundidad las normas para poder saltárselas. Pero saltárselas supone llegar a una situación de privilegio intelectual y de reconocimiento por parte del contexto de expertos, de aquellos que miran a través del espejo, a través de los libros o de la coterapia.

Las técnicas están descritas con exactitud, con referencias claras sobre momentos de la evolución de un proceso de interacción entre la familia y en terapeuta. Así pues, permite proyectar una clara imagen del escenario y de las intervenciones, aunque aparezcan aisladas unas de otras en determinados apartados del libro. Cuando habla de la repetición del mensaje, parece admirable la capacidad de encaje del terapeuta empeñado sistemáticamente en la misma idea, luchando contra las fuerzas de la familia al intentar esquivar el mensaje del terapeuta.

A la vista de la revisión de técnicas expuestas en el libro, parece que el argumentario se conduce por dos caminos. El aprendizaje de las mismas aparece reflejado con una soltura extraordinaria en los terapeutas, fruto del entrenamiento, además de sentir la necesidad de utilizar cada una de ellas, siendo selectivo, puesto que es posible que la elección equivocada de una u otra pudiera llevar los movimientos del sistema en interacción por derroteros muy diferentes. Por otro lado se muestra, bajo la contundencia de dichas técnicas la necesidad de empatía, de capacidad para creer realmente en lo que se dice y en lo que se hace, incluso en lo que se siente en una situación de conflicto. El terapeuta de familia debe presentar un compromiso muy superior al acostumbrado en los modelos piramidales de intervención.

-El liderazgo. Quizás mi lectura sea parcial, al estar más cómodo en la narrativa, en una interacción más franca y menos dirigista en muchas ocasiones. Pero he entendido la relevancia del liderazgo por parte del terapeuta en el marco de intervención. En

todos los ejemplos expresados en el libro se impone la "magia" del terapeuta, la sorpresa, los movimientos con cierta espectacularidad. Por lo tanto hay cosas que creo que se pueden aprender y otras que no. La expresión corporal, la mirada sincera, aguda, punzante, tierna, las emociones dirigidas hacia diferentes miembros de la familia, o el manejo del humor como elemento disipador del sufrimiento son potencialidades que pueden existir en un terapeuta pero que en muchas ocasiones no se expresan. Compartir el conocimiento del terapeuta con la familia supone aceptar que cada uno eche a la marmita algo distinto de su vida en busca de una poción que todos terminen bebiendo para dar nuevo rumbo, nuevas fuerzas, nuevas expectativas a la familia. Interpretar a la familia como un pueblo nómada, liberándose de los miedos, de las murallas, para dar límites a su poblado con diferente definición y altura en función del contexto en el que se encuentran, de la climatología, de la hostilidad de los elementos, supone además capacitar a cada uno de sus miembros para adquirir diferentes roles, como consecuencia de la presión de las fuerzas de la naturaleza. Proveer de recursos a todos los miembros supone capacitarlos de autonomía, de crecimiento personal en el contexto de sus propios compromisos con el sistema de pertenencia.

El libro, pues, resulta un entrenamiento en limitaciones personales (las propias), cuando se contempla la riqueza de movimientos de una persona en torno a otras.

Me ha llamado mucho la atención el apartado referido a las construcciones, entendiendo la realidad de la familia como una construcción terapéutica ante los ojos del clínico, coparticipando en dicha construcción. Al hablar de las técnicas para promover el cambio de la familia se refiere el autor a símbolos universales, verdades familiares y consejo profesional. Pero los símbolos universales son una herramienta de interacción emocional que puede generar cambios en muchos sentidos. Los símbolos universales lo son únicamente en el universo de cada persona en interacción con la realidad subjetiva, que aparece objetivable solo si la representación social, el propio imaginario social. Es en el pasaje de la familia de Hill en el que más me he sorprendido respecto a la gallardía terapéutica del autor, respecto a la claridad de ideas a la hora de dar relevancia a determinados aspectos emocionales y afectivos que han sido aceptados, en este caso por un padre llorón, que siente su llanto como un elemento de apego a su hijo bloqueado en llanto que no es otra cosa, en principio, que una ofrenda al padre, pero que el terapeuta transforma en un acto emocional necesario e íntimo.

El juego virulento, activador del terapeuta parece estar presente y su presencia ser omnipresente. En este caso el libro de Salvador Minuchin me ha llevado desde la claridad de ideas en forma de cuerpo de conocimientos reglados a la incertidumbre, pero también a generar expectativas sobre los recursos terapéuticos al integrarnos en una marejada emocional con apariencia de "calma chicha".

José M^a Fuentes-Piña Estrada